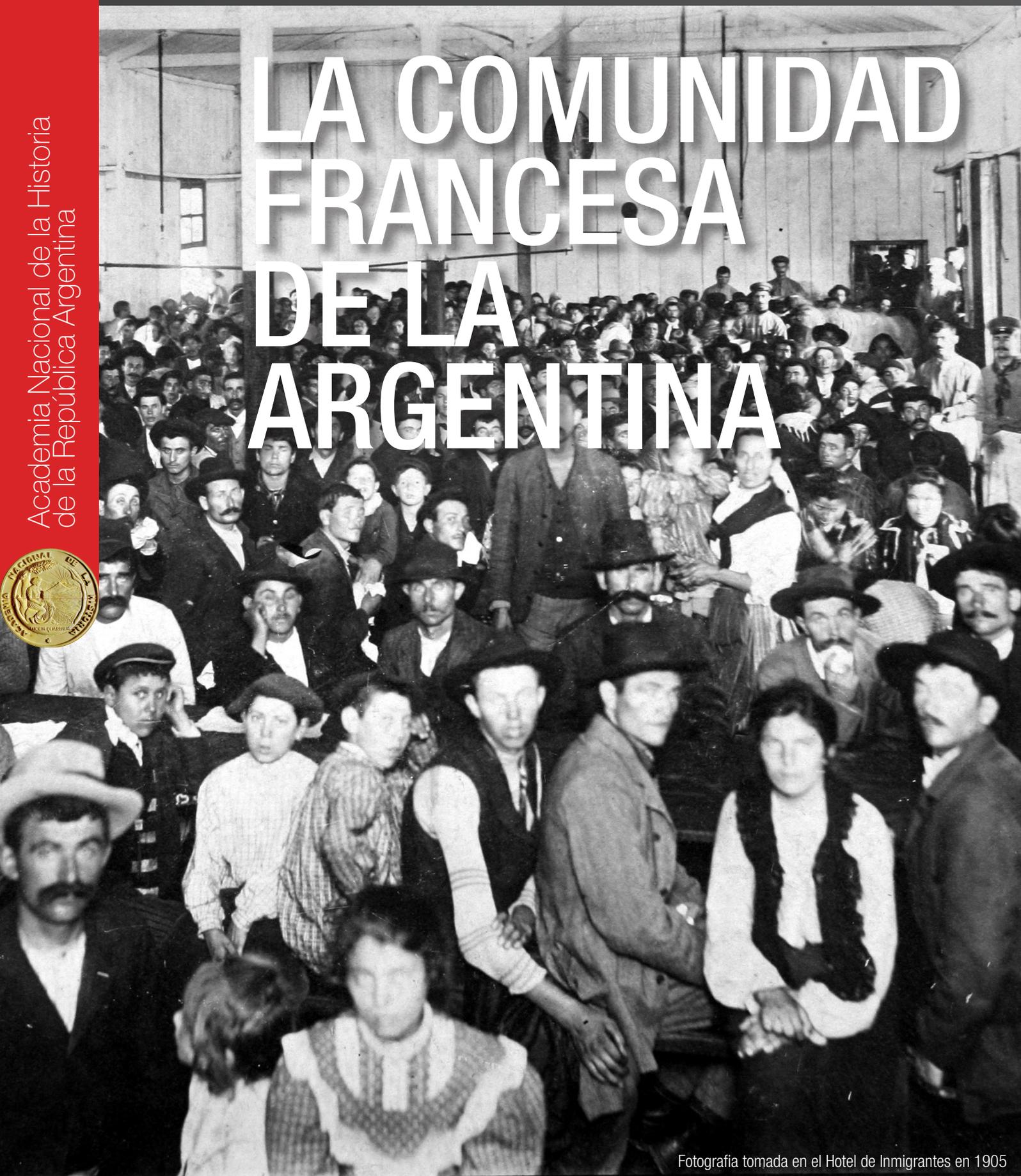




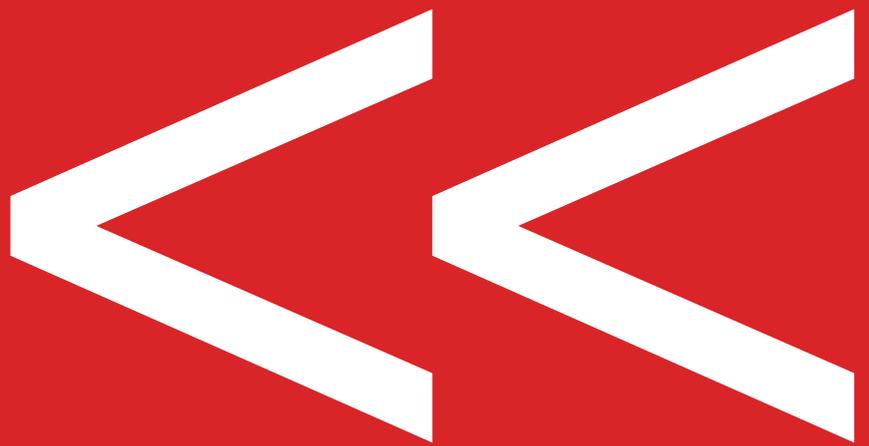
LA COMUNIDAD FRANCESA DE LA ARGENTINA



Fotografía tomada en el Hotel de Inmigrantes en 1905

Artículos de Historia
Actividades de la Academia
Actividades Externas
Novedades Editoriales

Artículos de Historia



La comunidad francesa de la Argentina. Una perspectiva secular

Por el Académico de Número, DR. HERNÁN OTERO

El estudio de la inmigración francesa en la Argentina supone abordar dos periodizaciones esenciales: la del flujo migratorio y la del ciclo comunitario. Aunque presentes en pequeño número desde la época colonial, los franceses comenzaron a llegar de manera significativa a partir de la década de 1830 y definieron un ciclo migratorio peculiar en relación a los flujos mayoritarios. Visto en el largo plazo, el flujo se asoció con factores del país de origen, en particular su temprana transición demográfica, que evitó el fantasma malthusiano de una población excesiva, y la existencia de un campesinado numeroso y persistente, factores bien conocidos del excepcionalismo francés.

Estos factores fueron también esenciales para definir una geografía de la emigración en la que predominaron las zonas fronterizas que fueron las más afectadas por la gran transformación del siglo XIX. Pero si los factores de expulsión contribuyen a explicar la localización y la intensidad de los flujos, su distribución según lugares de destino dependió de factores históricos de larga data y de las condiciones de los países de recepción. Éstas fueron ampliamente favorables en la Argentina, país que -en términos proporcionales a su población-albergaba hacia 1910 a la colonia francesa más importante del mundo.

El flujo migratorio

Vistas desde Argentina, las peculiaridades del flujo se expresaron más en clave temporal que espacial, destacándose el temprano inicio del ciclo migratorio, producto del activo foco vasco-bearnés y del sudoeste en general, y también la temprana finalización de su fase ascendente ya que los arribos se redujeron tras la crisis de 1890 para continuar con un ritmo declinante hasta la Gran Guerra y casi insignificante durante la primera mitad del siglo XX. Otro dato relevante es que el ciclo migratorio fue en gran medida autónomo de las etapas del intercambio comercial franco-argentino y de las inversiones francesas en nuestro país.

Las políticas francesas del quinquenio 1855-1860, caracterizadas por la defensa de los derechos de los migrantes, definieron un contexto general de libre movilidad que puso freno a los ocasionales intentos intervencionistas del Ministerio del Interior y de las prefecturas departamentales, cuyas acciones disuasorias no tuvieron un efecto significativo sobre los flujos. Distinto fue el caso de otras políticas, como la legislación sobre ciudadanía basada en el derecho de sangre y las leyes de servicio militar, que impactaron



Luis Napoleón Bonaparte, óleo de Franz Xaver Winterhalter, 1854

de modo más decisivo, favoreciendo la salida de los que deseaban escapar al servicio militar, imposibilitando el retorno de los insumisos y provocando profundas tensiones comunitarias durante las guerras de la madre patria.

El impacto de las políticas migratorias fue también matizado del lado argentino como lo muestra el incremento de la presencia francesa durante el largo gobierno de Rosas, a pesar de la ausencia de políticas promotoras de la inmigración y de la francofobia explícita del rosismo. Si bien buena parte de la activa propaganda desplegada en Europa para atraer inmigrantes tuvo un efecto más bien secundario, no ocurrió lo mismo con los incentivos materiales, como la política de pasajes gratuitos del trienio 1887-1889, de notable eficacia inicial en el caso francés.

La influencia más bien discreta de la propaganda argentina fue coherente con el hecho de que el mecanismo principal de gestión de los flujos fueron las cadenas migratorias y las redes sociales, tanto familiares como paesanas. El conocimiento interpersonal permitió la difusión de información más confiable, a lo que se sumó su decisivo papel como financiadoras del flujo gracias al préstamo de dinero para los pasajes y a las ayudas para la instalación. Esa vía inicial





diseñó de modo probabilista, muchos derroteros migratorios en aspectos claves como encontrar trabajo, alquilar una vivienda, conocer nuevos compatriotas o formar pareja.

En mucha menor medida, los franceses llegaron también encuadrados en empresas de colonización, en las que tuvieron un papel pionero. A pesar de no participar de modo significativo en la tercera fase de la colonización (la posterior a 1870), fundaron en 1884 la colonia bonaerense de Pigüé. La relación ancestral con la tierra, la perdurabilidad de lazos y las políticas de patrimonialización impulsadas desde los lugares de origen, terminaron por convertir a este modelo -numéricamente marginal- en un lugar de memoria privilegiado de la presencia francesa, como lo ilustra la visita de François Mitterrand a Pigüé en 1987.

El temprano inicio del flujo favoreció el éxito de aquellos que llegaron primero, entre los que se destacaron los actores económicos vinculados con el ciclo ganadero de la expansiva pampa gringa y con el desarrollo industrial de las grandes ciudades, antes de 1890. El aporte económico, pero también intelectual y organizacional de los pioneros franceses fue intenso y abarcó a las más variadas actividades económicas. La posterior llegada de inmigrantes de orígenes sociales más humildes dio lugar a fuertes diferencias que se acentuaron durante la segunda mitad del siglo XIX. Estas fracturas de clase fueron evidentes en las condiciones de vida de los inmigrantes pero también en su nivel de adhesión al tejido comunitario. Del mismo modo que en otros grupos, los fines reformistas de las sociedades étnicas se adecuaron bien a la composición de esas instituciones, en la que dominaban los sectores medios y altos.

El flujo migratorio incluyó asimismo a científicos, artistas, intelectuales, aventureros y toda clase de empresarios, partícipes de la formidable fuga de cerebros europea del período, cuyas características de élite han sido extendidas abusivamente al conjunto de la masa migratoria, dando lugar a la imagen de un inmigrante de alta calificación, radicalmente distinto de sus compañeros del sur de Europa. Ello llevó a homologar, de manera errónea, su integración en la sociedad argentina con la de grupos de asimilación más lenta y difícil, como los británicos y alemanes.

Un punto particular en relación a las migraciones de élite fueron las sucesivas olas de exiliados que llegaron a nuestras costas: en primer lugar, los oficiales bonapartistas que tras la derrota de Waterloo se incorporaron a los ejércitos patrios. En segundo término, los expulsados tras el golpe de Estado de Luis Bonaparte de 1852 que instauró el Imperio y entre los que descollaron las figuras de Amédée Jacques y Alexis Peyret. En tercer término, los militantes de la Comuna de París, tras su brutal represión en 1871, que trajo a nuestras tierras a figuras como Armand

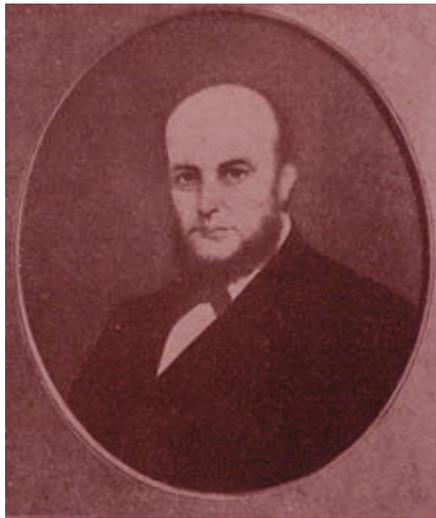
Moreau, padre de Alicia Moreau, figura liminar del socialismo y el feminismo argentinos. En cuarto lugar, las congregaciones religiosas que abandonaron el Hexágono tras las leyes laicas de la Tercera República que separaron la Iglesia y el Estado y suprimieron la enseñanza religiosa (en particular la ley Émile Combes de 1905). Aunque no se trató de un exilio en el sentido estricto, ese flujo migratorio tuvo también un componente político ya que los religiosos buscaron recrear su actividad misional y educativa en los países nuevos de tradición católica, como Canadá y Argentina. En quinto lugar, el exilio de colaboracionistas y simpatizantes del gobierno de Vichy. Por último, los *pieds noirs* que llegaron al país tras la independencia de Argelia.

Estas olas contribuyeron de manera muy diferencial a la emergencia del entramado comunitario, siendo de destacar el papel de los exiliados de 1852 en la creación de instituciones y órganos de prensa, desde los que difundieron un ideal liberal-republicano que, junto con la pertenencia a la masonería, facilitó su integración a las elites políticas e intelectuales argentinas. En segundo lugar, pero de manera más difusa, el papel de las congregaciones a través de las escuelas religiosas.

El ciclo comunitario

Más inasible que la del flujo migratorio, la periodización de la historia comunitaria debe partir de la crucial distinción entre las personas que forman parte de la comunidad y las que discurren su vida por fuera de sus márgenes. Una comunidad no es, en efecto, un simple agregado estadístico, construido externamente por el investigador, sino un conjunto de instituciones, de lugares de memoria, de discursos y de actores que le infunden forma como líderes étnicos, como adherentes permanentes o como participantes ocasionales.

El temprano inicio del ciclo migratorio favoreció la también temprana emergencia de un entramado comunitario que se caracterizó, ante todo, por su carácter pionero en relación a los grupos mayoritarios. El andamiaje institucional incluyó un polifacético movimiento asociativo, numerosas escuelas y órganos de prensa, cuyas intensidades y destinos fueron diferenciales. A esas instancias permanentes se sumaron otras formas de sociabilidad, en particular las fiestas, sobre todo a partir de la proclamación en 1880 del 14 de julio como fiesta nacional de Francia. A diferencia del Hexágono, donde constituía un rito de representación republicana y una liturgia cívica que celebraba al ciudadano, para las comunidades francesas del exterior la fiesta del 14 de julio representaba además una referencia identitaria vital para evitar la desnacionalización de los emigrantes. Las fiestas constituían asimismo un termómetro del prestigio que inspiraba la comunidad. Las múltiples connotaciones políticas



Amadeo Jacques

y culturales del 14 de julio –que iban desde el republicanismo liberal hasta el socialismo- hicieron de ella la principal fiesta nacional europea al menos hasta la Gran Guerra. En sentido análogo, se destacaron los funerales (como el apoteósico homenaje porteño al presidente Sadi Carnot, asesinado en 1894) que constituían un sofisticado ritual de pasaje comunitario, dotado de una clara dimensión emocional y pedagógica.

La evolución del entramado institucional puede ser vista como una parábola de duración secular, cuya fase ascendente estuvo jalonada por la creación de instituciones como la Société Philantropique Française du Río de la Plata en fecha tan temprana como 1832, la Union de Séjours Mutuels en 1854 (primera mutual del país), el Hôpital Français (1845, segundo del país), el Club Français (1866) y la Caisse Française de Rapatriement (1878), única experiencia de ese tipo en todo el mundo.

Las sociedades se agruparon en instituciones de segundo grado como el Comité des Sociétés Françaises de Buenos Aires (1902) y la Fédération des Mutualités Françaises de l'Argentine (1913) que vieron la luz antes que sus homólogas italianas y españolas. Instituciones de gran peso económico, como la Chambre de Commerce de Buenos Aires (1884) y decisivos medios de prensa –como Le Courier de La Plata fundado en 1865- completaban el andamiaje de la edad de oro de la comunidad hasta las vísperas de la Gran Guerra. El notable peso de las entidades de beneficencia y la fuerte conexión entre las asociaciones y la elite económica de la comunidad parecen haber alcanzado en los franceses una intensidad más fuerte que en los grupos mayoritarios. Además de sus fines específicos, las asociaciones desempeñaron múltiples funciones y tendieron a abrirse a otros inmigrantes francófonos gracias a una dinámica que privilegió la referencia nacional e idiomática por encima del regionalismo, tan característico de las instituciones españolas e italianas.

La fase descendente del ciclo comunitario es más difícil de precisar por la pluralidad de evoluciones en juego. A pesar de ello, los signos de debilidad y de conflictividad interna, visibles desde los albores del siglo XX, se hicieron más evidentes debido a las tensiones inducidas por la movilización política, económica y militar de la Gran Guerra. Si bien la guerra revitalizó el discurso y el tejido comunitarios (gracias a la creación de los Comités Patrióticos primero y de las sociedades de ex combatientes en la década del veinte) la respuesta a la movilización militar produjo una división profunda entre los que aceptaron y los que rechazaron el impuesto de sangre, lo que supuso un enfrentamiento interno y generacional entre las dirigencias y entre éstas y los agentes diplomáticos franceses. Por ello, y al igual que entre los británicos, la Gran Guerra no eclipsó a la comunidad pero sí afectó y redujo su posición en la Argentina. La crisis de 1930, por su parte, acentuó los aspectos críticos del funcionamiento económico de las instituciones, aumentó su dependencia de los subsidios de la metrópoli y aceleró la fusión o el cierre de muchas asociaciones. La nacionalización de las empresas de ferrocarril y del puerto en los años cuarenta dio un golpe decisivo a comunidades como la de Rosario, que aunque no constituían colonias de enclave empresarial como los británicos, dependían fuertemente de los medios económicos e institucionales de esas empresas. Por último, la división entre colaboracionistas y resistentes, aunque ampliamente ganada por los simpatizantes de la Francia Libre desde 1942, reavivó las tensiones internas y dio lugar al fin de un ícono emblemático de la comunidad como Le Courier de la Plata, desaparecido en 1946.

La evolución de los núcleos étnicos

Por importante que fuera el impacto de los hechos europeos, la fragilización creciente de la comunidad tuvo otras razones de peso, vinculadas con la integración de los inmigrantes y de sus hijos en el tejido social argentino, proceso que puede ilustrarse mediante el concepto-metáfora de núcleo étnico. El núcleo étnico remite a la proporción de personas que dentro de un colectivo estadístico (en este caso, la categoría de “población de origen francés”) forma parte efectiva de la comunidad migratoria, es decir lo que la sociología americana llama *ethnics*. Este indicador permite incluir a la totalidad de las poblaciones en juego, contrarrestar la ausencia de listas de socios o actas de asambleas, esenciales para el estudio de caso, e incorporar fuentes poco exploradas como las encuestas del Ministère des Affaires Étrangères de 1912, 1930 y 1950.

La visión de conjunto de los núcleos étnicos confirma ampliamente que los mismos fueron más vigorosos y resistentes en el caso del movimiento asociativo que en las escuelas comunitarias, signo inequívoco



de que las necesidades paliadas por el primero eran más imperiosas para los inmigrantes que las que pretendían resolver las segundas. En el caso de las asociaciones, sobre todo las de socorros mutuos, herederas de la notable tradición mutualista francesa de los siglos XVIII y XIX, los núcleos étnicos crecieron hasta la década de 1880 para comenzar a caer luego, de manera pausada hasta la Gran Guerra y de modo notorio tras la crisis de 1930. Algo similar ocurrió con las escuelas étnicas, tanto las propiamente dichas, de carácter laico, como los establecimientos religiosos que, aún sin proponerse explícitamente como escuelas étnicas, cumplieron también funciones en esa dirección por diversas razones. En primer lugar, por la difusión de un catolicismo modulado en torno a referencias regionales como Lourdes o Betharram, relevantes para la sensibilidad de los migrantes del sudoeste. En segundo término, por su perfil más popular, no afectado por el sesgo clasista que solían tener las escuelas laicas. Por último, porque articularon discursos patrióticos, por ejemplo durante la Gran Guerra, y favorecieron la persistencia idiomática, desempeñando de tal suerte un rol similar al que tuvieron los salesianos entre los italianos.

La menor importancia de las escuelas étnicas derivaba también de las condiciones premigratorias, en particular el alto grado de alfabetización y nacionalización de los emigrantes franceses, y del desarrollo del sistema público argentino de enseñanza. Igualmente relevantes fueron la fractura de clase, más notable que la existente en las asociaciones, y las diferentes expectativas de retorno, que confinaron el alcance de las escuelas étnicas a los sectores altos de la comunidad de las grandes ciudades o de núcleos más cercanos al enclave étnico como la icónica -pero excepcional- colonia de Pigüé. Punto a destacar, el debilitamiento de las escuelas laicas fue más precoz que el de las escuelas congregacionales por la diferente capacidad de los actores involucrados (las asociaciones por un lado, la Iglesia por otro) y por el tipo de discursos que fomentaban favorecido, en el caso de las escuelas religiosas, por su carácter universalista y por la recuperación del catolicismo en la Argentina a partir de los años treinta.

Tras la Primera Guerra Mundial, y consciente del retroceso internacional que la conflagración había implicado para Francia, el Estado francés reorientó sus esfuerzos hacia el rayonnement, reorientación que si bien no puso fin a los subsidios a las asociaciones y colegios comunitarios, privilegió desde entonces a instituciones como la Alliance Française (creada en 1883) que no estaban dirigidas a los inmigrantes sino a la población argentina en general.

La evolución de los núcleos étnicos es refrendada por el resto de los indicadores comunitarios, como la cantidad y tiraje de los medios de prensa; las cifras de participantes en las movilizaciones étnicas en las

calles; y la asistencia a las fiestas comunitarias. En todos los casos, las dos guerras mundiales favorecieron una suerte de revival étnico, producido tanto por la movilización de la comunidad propiamente dicha como por el entusiasmo de la población argentina francófila o contraria a la vocación neutralista del gobierno de turno. En esa secuencia, la revitalización inducida por la Segunda Guerra Mundial permitió revertir coyunturalmente el proceso de decadencia del tejido institucional y representó el canto del cisne de la comunidad.



Émile Combes

Los restantes indicadores acompañaron en compleja relación causal a las evoluciones del tejido asociativo. Así lo atestigua de modo elocuente la segregación espacial del caso porteño. Si bien los franceses eran el grupo europeo más concentrado a principios del siglo XX, en buena medida por el temprano fin de su ciclo migratorio que los transformó en una comunidad envejecida, sus niveles de segregación no eran demasiado diferentes de los de otros migrantes internos y latinoamericanos y experimentaron además una baja consistente desde 1880. Aunque activo en el plano de las festividades y de la liturgia patriótica, el barrio francés porteño no se convirtió nunca en el gueto norteamericano ya que, al igual que la mayoría de los barrios de la ciudad, se caracterizó por una significativa mezcla de individuos e instituciones de muy diversos orígenes.

De modo más contundente, la formación de parejas caracterizó a los franceses como el grupo más abiertamente exógamo, desde luego durante la prim-



era mitad del siglo XIX cuando el flujo era predominantemente masculino, pero también durante la fase más expansiva del ciclo migratorio. Los matrimonios mixtos fueron, en suma, un elemento esencial de la integración migratoria ya que favorecieron la socialización de los hijos en la cultura de las madres (que en la mayor parte de los casos eran argentinas) y pusieron un freno a las posibilidades de retorno.

En sentido análogo, la semejanza de las *langues d'oc* con el castellano (al menos hasta la imposición del francés como lengua única en el último tercio del siglo XIX), sumada a factores como la debilidad de las escuelas étnicas; la obligatoriedad del uso del castellano en las escuelas públicas; el alto nivel de mezcla residencial; los matrimonios mixtos; las ocupaciones de interacción social obligada y la movilidad social ascendente de la segunda generación explican adecuadamente la pérdida del idioma francés, cuyo retroceso se ubicó también entre la década de 1880 y el Centenario, en un contexto general signado por el eclipse progresivo del francés como lengua de referencia cultural y científica.

Consideraciones finales

De modo evidente, la parábola dibujada por el ciclo comunitario francés fue el producto de múltiples dimensiones que, en esencia, remiten a tres factores principales.

En primer lugar, la reducción progresiva de los stocks de franceses a partir de 1895, producida por la peculiaridad de su temprano ciclo migratorio, gracias al cual la presencia francesa en la población total de Argentina pasó del 2,4 en 1895 a un escaso 1 % en 1914, especificidad que debe ser subrayada por la contundencia que la silenciosa fuerza del número impuso a las dimensiones institucionales y culturales.

En segundo término, la acción también progresiva de los mecanismos de integración desplegados por el Estado argentino. El ámbito educativo fue el más temprano y evidente gracias a la puesta en marcha durante la década de 1880 de un sistema público de enseñanza que definió un modelo laico y universalista de integración republicana que compitió de manera abrumadora con las escuelas étnicas. Cabe destacar que se trató de un modelo de inspiración francesa y, sobre todo, que fue prácticamente contemporáneo a las discusiones de ese país ya que la célebre Ley 1420 fue sancionada sólo tres años después de la ley francesa del 16 de junio de 1881 que promulgó la gratuidad escolar, y apenas dos años más tarde de la ley del 28 de marzo de 1882, promovida por Jules Ferry, que estableció la enseñanza primaria obligatoria y laica. Esta similitud y coetaneidad podría explicar asimismo la ausencia de críticas de los líderes comunitarios a la política educativa del Estado argentino, ampliamente documentadas en cambio para el

caso italiano. La escuela pública en suma nacionalizó a los hijos de los inmigrantes en torno a un ideario y una liturgia patriótica común. Análoga función desempeñaron el servicio militar creado en 1901 y la ley Sáenz Peña de 1912. Menos espectaculares, pero igualmente eficientes fueron otros avances estatales como la nacionalización del scoutismo en 1934, que afectó a las asociaciones francesas que basaban su reclutamiento en esa práctica, y, de modo más contundente, la ley de mutualidades del peronismo y la nacionalización de las empresas de ferrocarril y de puertos.

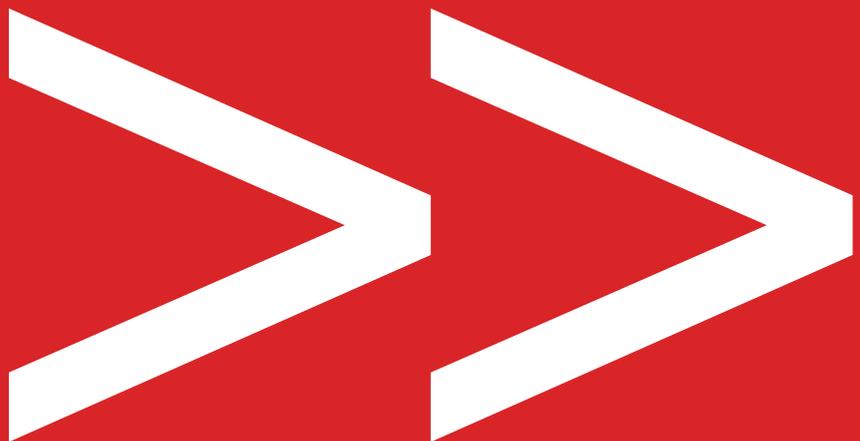
Por último, la convulsionada historia europea de la primera mitad del siglo XX supuso la decadencia de lo que Denis Rolland ha llamado el modelo cultural francés. La equívoca suerte militar en la Gran Guerra; el pacifismo conciliador ante la expansión nazi en los años treinta y la derrota de junio de 1940 ante Alemania fueron algunos de los hitos de ese derrotero. El acceso a las profesiones liberales y a la administración pública; la movilidad social alcanzada con respecto a sus padres; el avance del nacionalismo en la cultura y la política argentinas; el retroceso del idioma francés frente al inglés actuaron en el mismo sentido y aceleraron aún más la identificación de la mayoría de los hijos de inmigrantes con la Argentina, proceso que, había sido destacado por testigos lúcidos del Centenario como Jules Huret o Georges Clémenceau.



Jules Huret

*El Dr. Otero es además autor de la obra *"La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial"* de editorial Sudamericana.

Actividades de la Academia



Nuevas Autoridades

El Dr. Roberto Cortés Conde asumió el 19 de diciembre ppdo. la Presidencia de la Academia Nacional de la Historia por el período 2015-2017. Será acompañado por una Mesa Directiva integrada por: doctor Fernando Enrique Barba (vicepresidente 1º); doctor Samuel Amaral (vicepresidente 2º); licenciada María Sáenz Quesada (secretaria); general VGM Diego Alejandro Soria (prosecretario); doctor Eduardo José Miguez (tesorero) y doctora Cristina Seghesso (protesorera).

El Dr. Cortés Conde se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires en 1956; fue profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho de la UBA, de Historia Económica en la Universidad Nacional del Litoral, en la Universidad Católica Argentina y en la Universidad de San Andrés y actualmente es Profesor Emérito de esta última. Dictó cursos en las universidades de Chicago, Harvard, Hebrea de Jerusalén, Texas y Yale.

Es miembro de la Academia Nacional de la Historia desde 1986 y también integra la Academia Nacional de Ciencias Económicas, habiendo sido presidente de la Asociación Internacional de Historia Económica entre 1998 y 2002.



Ciclo de Conferencia: Historia Atlántica-Historia Global

El viernes 10 de abril se realizó en la sala de conferencias de la Academia Nacional de la Historia, el primer encuentro del ciclo de conferencias “**Historia Atlántica-Historia Global**” que organiza el Grupo EuropAmérica de la Institución. Disertaron los doctores AMÉLIA POLÓNIA (Universidad de Porto, Portugal), sobre: “*Redes trans-nacionais e transimperiais na construção da Primeira Idade Global (1400-1800) o caso português*”; ANA MARÍA RIVERA MEDINA (Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España), en conjunto con los profesores doctores: ROBERTO GONZÁLEZ ZALACAÍN (Universidad Nacional a Distancia, Tenerife, España) y MARTA GARCÍA GARRALÓN, (Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España), sobre: “*Cartografía histórica, TICS, Humanidades Digitales e investigación: recursos para historiadores*”; NORA SIEGRIST (CONICET), sobre: “*Dispensas por parentesco en Córdoba del Tucumán. Fuentes, casuística y alegatos, Siglos XVIII-XIX*” y GUY SAUPIN (Universidad de Nantes, Francia), sobre: “*Las ciudades atlánticas americanas y europeas en la época moderna: comparación de modelos*”.

Los disertantes fueron presentados por el vicedirector del grupo, académico correspondiente doctor Gerardo Rodríguez.



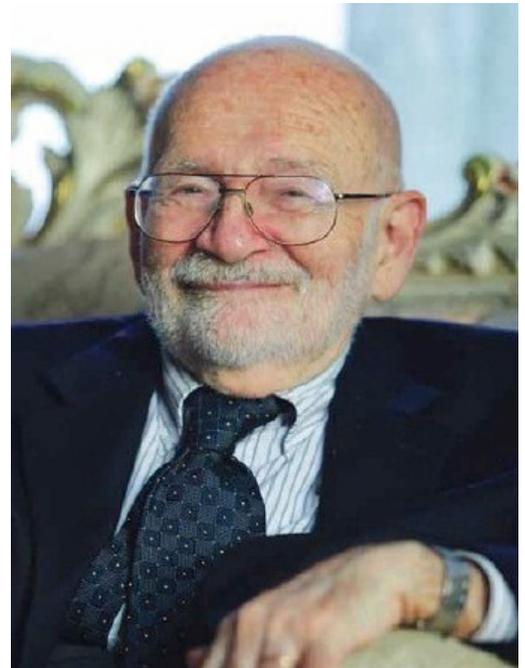
Homenaje a Tulio Halperín Donghi (1926-2014)

Por el Académico de Número, DR. NATALIO R. BOTANA

En la sesión privada de la Academia Nacional de la Historia, se le rindió homenaje al académico correspondiente fallecido, Dr. Tulio Halperín Donghi. A continuación se reproducen las palabras expresadas por el doctor Natalio Botana.

Aclaro antes de comenzar que parte de lo que aquí diré está expresado en un texto que publicó a comienzos de esta año la revista *Criterio*.

Si alguien se atreviese a calificar a Tulio Halperín Donghi con adjetivos o prosa pomposa, no dudaría en afirmar que esos juicios le resultarían a nuestro colega insoportablemente enfáticos. Es posible que así sea, aunque, para ratificar esta hipótesis, ya no tendremos en Buenos Aires la presencia de ese viajero infatigable que siempre, año tras año, recalaba en el domicilio de su hermana. Cada primavera porteña, de manera invariable, traía el regalo de la fecundidad intelectual que él volcaba en cuanto recinto era solicitada, entre ellos el nuestro, como es sabido, en su calidad de académico correspondiente por la Universidad de Berkeley en los Estados Unidos. Entre tantos rasgos de una personalidad, envuelta en meandros e ironías como la prosa que dio materia a una inmensa producción, me parece importante destacar este rasgo. Halperín era un hombre generoso para transmitir su conocimiento: en la trama de la amistad (cada carta, cada encuentro proponía un torneo de la inteligencia) y en la trama del diálogo académico, tal vez el lugar donde él se sentía mejor instalado. Académico riguroso, profesor que brillaba en la cátedra, charlista desopilante, allí estaba Halperín entre nosotros, en las universidades más destacadas del mundo (Harvard, Oxford, Berkeley) en que enseñó e investigó cuando se alejó del país en los años sesenta y dejó las Universidades de Buenos Aires y Rosario; en fin, en los cafés de esta ciudad que tanto quería, o en los cursos, congresos, tertulias y seminarios en que derramaba sus saberes. Aquellas circunstancias eran sucesivas estaciones para desarrollar las variantes de una historia inscripta a su vez en el vastísimo escenario de la historia universal. Nada de la Argentina (excepto quizás la multitudinaria pasión por los deportes y cancioneros populares) le fue ajeno a Tulio Halperín. En el momento en que desgrano estos recuerdos para nuestra Academia, mi escritorio está literalmente cercado por una pila de libros que, desde luego, no abarca su obra completa. Esta gigantesca e incesante factura de textos comenzó con la publicación de *El pensamiento de Echeverría* (en el "Prólogo" de esa primera edición Roberto Giusti, un estrecho amigo de su familia, hablaba de ese "joven publicista" dotado de



"un talento crítico anticipadamente maduro, en el cual tienen su parte la agudeza y el rigor"). El Echeverría es de 1951, 63 años más tarde, en 2014, su tarea culminó con *El enigma Belgrano*. Un héroe de nuestro tiempo. Incansable producción. Todavía nos debemos — sin duda llegará próximamente o quedará a cargo de las nuevas generaciones — una revisión exhaustiva de este macizo conjunto capaz de abarcar cuanto aspecto la curiosidad del lector solicite.

De la historia política a la historia económica y social; de la historia de las ideas a la crítica historiográfica; del análisis de los procesos y transiciones del pasado iberoamericano — frescos y murales donde parece que todo cabe — hasta el campo más circunscripto de la biografía y del relevamiento de la autobiografías: ¿cómo es posible que un cuerpo tan frágil haya sido capaz de contener semejante espíritu creador y una expresión oral — más atractiva en mi opinión que la escrita — con semejante poder de proyección del conocimiento? Ejemplo pues de la palabra escrita y hablada para los más variados gustos.

Como cualquier lector, tengo por tanto los míos, en la medida en que mi atención haya sido capaz — me pregunto si ello es enteramente posible — de atravesar el espesor de una prosa que se fue haciendo más hermética con el paso del tiempo. Creo, estimados colegas, que ese estilo literario, esa gramática y sintaxis que obligan al lector a desplazarse entre frases subordinadas para captar el meollo central de los argumentos, sean tal vez el signo de una maestría implícita que pretende dar cuenta del claroscuro de la





historia, del matiz que inevitablemente debe incorporarse a los opacos procesos del pasado. Una prosa torcida para captar “el tronco torcido de la humanidad” según la metáfora de Kant.

En esa expedición hacia la densidad del pasado destaco los siguientes títulos, vástagos todos de ellos, como acabo de decir, de mis preferencias. Los enumero sin cerrar la lista: Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo (1961); Revolución y guerra: Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla (1972); el Prólogo “Una Nación para el desierto argentino” a Proyecto y construcción de una Nación. Argentina 1846-1880 (1980); El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas (edición ampliada de 1987); el “Estudio Preliminar” a La república imposible 1930-1945 (2004); Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX (2013). Sin duda me quedo corto, pero esta sucinta recapitulación tal vez encierre una de las virtudes de Halperín: cada lector, en efecto, obtiene de este historiador el reflejo de sus curiosidades e intereses. He aquí entonces (un giro del lenguaje que desde muy joven solía utilizar) un argentino universal hacia dentro y hacia fuera de su propio país.

¿En qué medida el Halperín-historiador se desdobló en el Halperín-ciudadano en el turbulento siglo XX argentino? Por lo que la experiencia me indica, ese desdoblamiento fue constante. En su larga trayectoria nuestro colega padeció las vicisitudes de un país que tuvo fases ascendentes y descendentes. El ascenso — o, al menos, el modo como fue imaginado y traducido en hechos concretos — lo percibió explorando el laberinto del pasado; el descenso, en cambio, se condensó en las circunstancias contemporáneas en que su niñez, adolescencia y juventud se vieron sacudidas por lo que, en sus Memorias de 2008, Halperín denominó “el hecho peronista” o, más crudamente, la “revolución peronista”. El movimiento que se desencadenó cuando él tenía entre diecisiete y veinte años significó una vuelta de campana para él y para esa clase letrada, núcleo de una ilustración que circulaba entre los colegios nacionales, las escuelas normales y del profesorado y la universidad, a la cual él y su familia pertenecían. La vuelta de campana literalmente los sumergió y con ello anuló la certidumbre de una carrera que hasta ese momento se prefiguraba como una empresa estable bien remunerada y con seguridad en el empleo. Una Argentina sin certezas fue el contexto en el que Halperín habrá de desarrollar su profesión de historiador.

Tal vez, me pregunto, se pueda encontrar en estas rupturas el punto de partida de una percepción agónica de nuestro pasado — así la ha llamado, me apresuro a consignarlo, nuestro presidente en una intervención de homenaje a Halperín que desafortunadamente no pude escuchar. Una interpretación

agónica —digo yo— mediante una suerte de recapitulación de itinerarios que conducen a catástrofes, que reanudan su marcha pese a esas conmociones repetidas y que, en todo caso, no cierran sino abren la historia hacia nuevos logros y frustraciones.

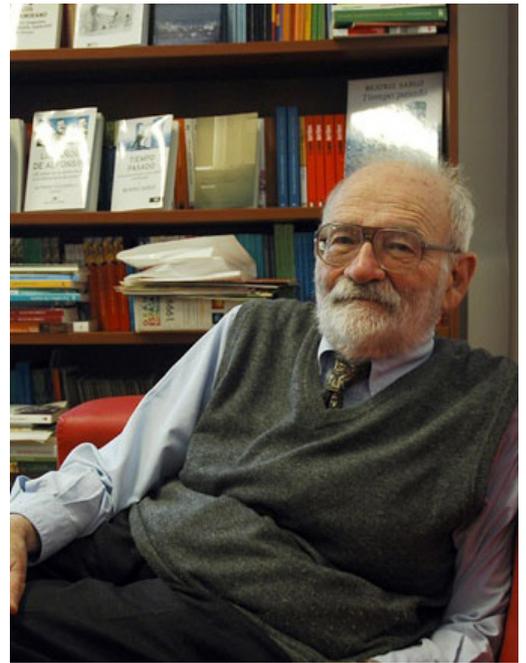
Por cierto, no fue tan solo este episodio, capaz de fracturar tantas posiciones establecidas, el origen de su peregrinación por el extranjero sino la crisis de legitimidad abierta en los años treinta, cuyo potencial destructivo impulsó las transformaciones de los años cuarenta, los golpes militares y la posterior violencia y terror recíproco. De todo ello, de la instauración posterior de una inestable democracia y, poco después, de las mutaciones planetarias que lo acompañaron en su vejez, se fue desprendiendo en Halperín la visión de un mundo histórico radicalmente imprevisible: “la insalvable ignorancia de lo que ha de deparar el futuro” como escribió en el Epílogo de Son memorias.

Esta no es una actitud solitaria. Me parece percibir el eco en esta frase melancólica de la confesión de Norberto Bobbio, a punto de cumplir los mismos años con que Halperín se despidió de este mundo: “Lo único que creo haber entendido, aunque no era preciso ser un lince, es que la historia, por muchas razones que los historiadores conocen perfectamente pero que no siempre tienen en cuenta, es imprevisible. No hay nada más instructivo que comparar las previsiones, grandes y pequeñas, que se leen en las obras de famosos historiadores cuando se alejan del simple relato de los hechos desnudos, con lo que realmente ha ocurrido [...]. A menudo realizo ese control sobre mí mismo: es muy instructivo y, considerados los resultados del cotejo, mortificante. Huelga decir que el resultado es casi siempre desastroso.” Subrayo el estrecho parentesco con Halperín que se desprende de estas palabras.





Acaso esa conciencia acerca de la fragilidad de las cosas en una "nación envuelta hoy más que nunca en una despiadada guerra contra sí misma", de cara a "un mundo que ha cesado de sernos comprensible" (las citas son del párrafo final de El enigma Belgrano), haya sido el telón de fondo de nuestras charlas personales, que Tulio había bautizado como *notre habituel tour d'horizon*. ¡Cuántas habrán sido y qué difícil es guardar por entero en la memoria esas conversaciones, la fáustica cultura, la voz aguda y hasta chillona, la mirada pícaro, tan cercana se me ocurre a Voltaire, las réplicas fulminantes, la tentación del sarcasmo y el inconfundible sabor de la república de las letras! Tal vez haya sido en la Argentina uno de los últimos representantes de ese linaje, mientras socráticamente observaba a su alrededor lo que pasaba. Por eso, aún en el torrente de sucesos inesperados que lo arrastraba en sus días postreros, quedará en pie, con raíces sólidas, el previsible encanto de una inteligencia en acto que se derrama en su obra, y la apertura del hombre sabio al misterio de la humanidad y la historia.



Homenajes a los académicos de número Ernesto J. A. Maeder y Enrique Zuleta Álvarez

Palabras del Arq. Ramón Gutiérrez

Nuestro Presidente me ha honrado con la tarea de recordar a nuestro compañero de Academia Ernesto MAEDER, una tarea que voy a abordar desde una perspectiva diferente a las habituales, más cercana a la que el propio Ernesto hizo con nuestro compañero y amigo el geógrafo Alfredo Bolsi en ocasión de su fallecimiento en el año 2013.

Por lo tanto voy a referirme a algunas de sus vivencias académicas y también a aquellas contextuales que marcaron la vida de Ernesto y le dieron la dimensión de respeto y dignidad que lo acompañó siempre.

En el año 1957 se creaba la Universidad Nacional del Nordeste, integrando antiguas facultades del Litoral instaladas en Corrientes y unas nuevas generadas en el Chaco y Misiones. El gobierno de entonces, siguiendo la entonces llamada línea Mayo-Caseros, designaría a José Babini para organizar la nueva Universidad y éste nominaría a Oberdam Caletti para estructurar la Facultad de Humanidades. Caletti se encontró con las presiones de un conjunto de personas que habían realizado aproximaciones variadas a la historia local y regional que aspiraban



—a pesar de carecer de títulos habilitantes— a ocupar las cátedras de una Universidad cuya creación habían impulsado. Para poder organizar la nueva facultad hubo por lo tanto que invitar a profesores de La Plata y Buenos Aires que viajaban a dar sus clases y llevar a algunos jóvenes egresados en el Instituto Superior del Profesorado con calificaciones destacadas entre los cuales estaba Ernesto Maeder graduado en 1955 y que había participado activamente en la redacción y dirección de la revista "Cátedra y Vida". La facultad



formó a la vez una muy buena biblioteca con la adquisición de colecciones de revistas del siglo XIX y comienzos del XX en las cuales Maeder haría sus primeras investigaciones y publicaría sus índices y perfiles de sus contenidos.

Radicado en 1958 Ernesto se vería envuelto en la polémica generada en torno a la sanción del artículo 28 y la posibilidad de creación de Universidades no públicas. Personalmente venía de un proceso de construcción en su propia afirmación de sus convicciones religiosas. Eso y su postura a favor de la libertad de enseñanza chocaron frontalmente con las ideas de la gran mayoría de sus colegas de claustro. No se trataba de una visión sectaria, porque desde un inicio Ernesto tuvo en su propio proceso una lectura muy ecuménica ya que lo había acompañado en su radicación en la universidad su gran amigo Arturo Hand que era metodista valdense. También demostraría su búsqueda de justicia al integrar como Jefe de Trabajos Prácticos en alguna de las cátedras al Director del Archivo Histórico de Corrientes Federico Palma, en atención a sus conocimientos de la historia provincial aunque careciera de un título habilitante.

A pesar de aquellas circunstancias la consolidación de Maeder como profesor titular por concurso, a partir de 1964, la buena relación y el respeto profesional que merecía a su colegas y la exitosa tarea de organización del Departamento de Historia lo llevarían, con el apoyo de los tres claustros, a ser elegido Decano de la facultad ese mismo año. Cuando renuncié a la Universidad de Buenos Aires en 1966 luego de la noche de los bastones largos, mi primera alternativa fue radicarme en el exterior ya que mis tareas eran a tiempo completo en la UBA. Sin embargo, una gestión del Rector de la UNNE, Ingeniero Jorge Rodríguez, primo de Hilario Fernández Long, inducida por la mayoría del claustro de estudiantes me ofreció instalarme en Resistencia y asumir la Secretaría de Extensión Universitaria con total libertad.

En ese contexto a fines del año 1966 conocí a Ernesto Maeder en tiempos complejos pero donde su obsesión radicaba en organizar eficientemente la facultad instalando jóvenes profesores que fueran reemplazando a los docentes viajeros que todavía incidían mayoritariamente en la vida de las facultades del Chaco.

En 1967 llegaría a Resistencia el geógrafo Dr. Alfredo Bolsi procedente de Tucumán que asumió cátedras en la Facultad de Humanidades y significó un apoyo relevante para la gestión de Ernesto Maeder. Con Bolsi realizamos los primeros trabajos de campo en los poblados del noroeste argentino con apoyo del CONICET. Ernesto, que había comenzado estudios de demografía sobre los censos de Corrientes en el siglo XIX, encontraría en Bolsi el compañero ideal para nuevas investigaciones en el campo de la geografía histórica.

Cabe recordar que en 1968 el "Cordobazo" comenzó en Corrientes con la muerte del estudiante Cabral, a raíz de una intervención del gobierno que desplazó al Rector electo y llevó desde Buenos Aires un equipo improvisado de autoridades cuya gestión culminó rápidamente con la renuncia de los decanos de las facultades del Chaco y de mi propia renuncia a Extensión Universitaria. Tanto Ernesto como yo tuvimos una participación activa en las huelgas que terminaron con la gestión de los interventores. Cordobazo mediante, Dardo Pérez Guilhou nuevo ministro de Educación convocó a Maeder para verificar la posibilidad de que se hiciera cargo del Rectorado, lo que efectivamente sucedió desde 1969. Allí acompañé a Ernesto como Secretario de la UNNE por un breve período, porque en las anteriores incertidumbres había solicitado una beca externa del CONICET que me fue otorgada.

En ese tiempo en que debíamos cruzar a Corrientes en la balsa (el puente se haría en 1973) aprovechábamos para hacer algunas incursiones al Archivo Histórico donde Federico Palma fue muy generoso en ayudarnos con nuestras investigaciones. Los paseos por Corrientes en la hora de la siesta eran un remanso para una tarea cargada de circunstancias conflictivas donde las presiones políticas de las denuncias y exigencias de expulsión motivaron que habilitáramos con Ernesto un cajón de expedientes no contestables, que fue lo que probablemente le generaría situaciones difíciles en el futuro.

El Ernesto que yo había conocido cuando fui a Resistencia era un hombre serio y riguroso ordenado y configurado en unos rasgos un tanto germánicos, volcado a tiempo completo a la ilusión pedagógica de perfeccionar la enseñanza y profesionalizar sus disciplinas eficazmente. Daba importancia a los rituales tradicionales del acto de apertura del ciclo docente con su lección magistral y el timbre de aquella Facultad no dejaba de sonar al completar la hora de clases. Mis gestiones en Extensión Universitaria (ya que dependía de mí el Aula Magna del campus de la Universidad en Resistencia) a veces chocaban con las metodologías estructuradas de Maeder que daba, con la obviedad de sus prioridades, destinos que se superponían a otras actividades. Sin embargo, me acompañó cuando tuve que soportar embates periodísticos en el Curso de Temporada en que invité por ejemplo a Arturo Jauretche quien hablaría por primera vez en una Universidad pública desde 1955, como él mismo me dijera.

En nuestro trato, crecientemente afectivo, Ernesto fue tolerando mi espíritu más informal y menos atado a figuraciones externas que sin embargo por imposición de los autoritarismos en vigencia nacional insistían en afianzar con elecciones anuales de abanderados, organización de cursos de Defensa Nacional y actos de rigurosas solemnidades, aunque muchas veces vacíos de contenido. La clave distintiva era fácilmente



reconocible si Ernesto me decía "Ramón" iba todo bien, si me decía "Gutiérrez" había alguna reconvención detrás que podría ser propia de la gestión o de algún aspecto que paternalmente quería insinuarme respecto al corte de cabello o a mis vestimentas. Debo reconocer que el abandono del saco y la corbata fue hecho con gusto en un clima un tanto inhóspito pero que Ernesto mantenía estoicamente como una razón de pulcritud inevitable.

En 1970 Ernesto abandonaría el Rectorado y se replegaría a la Dirección del Instituto de Historia de la Facultad donde permanecería más de una década. Su amigo Arturo Hand ocuparía entonces el Decanato. En esos años Ernesto y Arturo se había construido unas casas adosadas que compartían el jardín del fondo donde ambas familias, la de Ernesto con seis hijos, mantenían sus vínculos de amistad solidaria. Cuando Hand abandonó el Chaco para asumir la dirección del Colegio Ward en Buenos Aires, su casa sería ocupada por Alfredo Bolsi reiterando la misma dinámica de convivencia en armonía.

Mi año de investigación en el Archivo de Indias en Sevilla y en otros muchos archivos de España, mis trabajos de campo y nuestro reencuentro en 1971 creo que junto con los trabajos que Bolsi iba planteado fueron introduciendo a Ernesto en otra instancia de su vida profesional y personal donde la investigación ocuparía el carácter central de sus realizaciones vocacionales. Es cierto que en 1967 había escrito la Historia del Chaco y sus pueblos y había generado la valiosísima reedición de los cronistas jesuitas del Chaco Dobrizhoffer (1967-70) y Jolís (1972) pero el interés sobre las Misiones Jesuíticas sería desde entonces el núcleo central de su tarea. Ello nos llevó a realizar varios viajes de trabajo de campo al Paraguay primero, luego al Brasil y finalmente en una especie de odisea llegar a Chiquitos y Moxos en época de lluvias torrenciales donde se nos atascaban los vehículos. Ernesto disfrutaba aun en los peores momentos de aquellos viajes y también en los diálogos sobre el tema en común, como le sucedía con Bolsi en los estudios demográficos y luego conmigo en los tomos de los Atlas histórico urbanos del Nordeste Argentino.

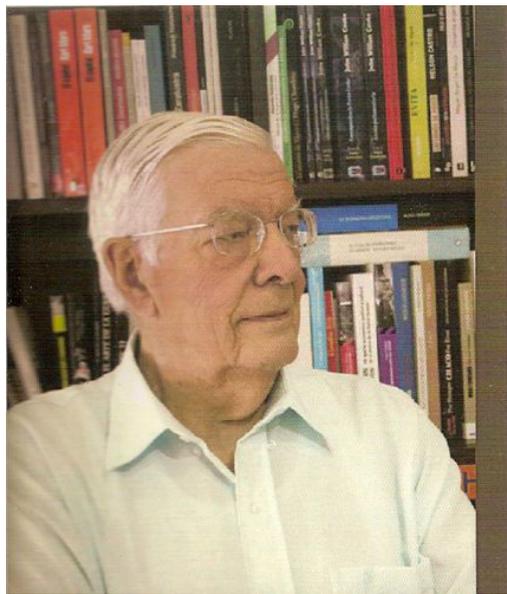
Por mi trabajo de investigación en diversos archivos era el que le contaba a Ernesto lo que podía

encontrar en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, en Montevideo o en el Archivo de Santiago de Chile. Cada una de estas aperturas le significaba un nuevo proyecto de actividad que encararíamos en algún caso juntos como los trabajos en Asunción y otros los iría realizando por su cuenta a través del tiempo.

Ernesto tenía entonces 40 años y sin embargo a pesar del reconocimiento profesional que ya había ganado en la región y de haber participado en comisiones del CONICET, no ingresaría a esta institución hasta una década más tarde, pues su postulación había sido cuestionada por organismos de esta más que dudosa "inteligencia" del Estado en tiempos donde este tipo de calificaciones eran riesgosas. Por suerte encontró la manera de superar los condicionamientos e ingresó a la Carrera de Investigador en 1981.

Mientras tanto nuestros caminos se dividieron, en 1973 yo ya había ingresado al CONICET, en 1974 había obtenido una beca Guggenheim y a fin de ese año y hasta avanzado 1977 me había radicado con mi familia en el Perú trabajando para la UNESCO en temas de patrimonio cultural y dando cursos. En 1976 mi casa en Resistencia fue allanada y solamente la garantía personal que me dio Maeder, a la sazón Ministro en la Provincia del Chaco, nos decidió a emprender el retorno. Como siempre los tiempos difíciles nos unían en lo personal aunque ahora nuestras opiniones políticas sobre la situación concreta del país eran diferentes. Nada de eso afectó a la tarea conjunta en el campo profesional. Mientras Ernesto tenía más ocupaciones vinculadas con la organización de la enseñanza provincial pudimos, sin embargo, realizar tareas desde la universidad en que ambos nos involucrábamos. En ocasiones la gestión de Ernesto fue decisiva para el resguardo patrimonial, por ejemplo cuando tramitó la adquisición de la biblioteca de Mario José Buschiazzo que se incorporó a la Biblioteca Provincial evitando su venta al exterior. Las circunstancias del país y de la propia universidad llevaron en 1980 a Maeder a impulsar junto con Bolsi la formación del Instituto de Geohistoria Regional (IGHI) para fortalecer la investigación en tiempos que ya se habían formado las Universidades de Misiones y de Formosa y era necesario encarar etapas de mayor eficacia. Radicado inicialmente en Corrientes, donde Bolsi llevó el peso de su desarrollo,

y luego instalado en su sede definitiva en Resistencia el IIGHI organizó los "Encuentros" de Geohistoria regional posibilitando la formación de equipos y la integración de investigadores del CONICET. El IIGHI fue dirigido por Maeder y Bolsi hasta que en 1986 Bolsi regresó a Tucumán y yo me integré posteriormente, actuando como Director en el tiempo en que Maeder se trasladó como Constituyente a Santa Fe en 1994. Un año más tarde me radiqué definitivamente en Buenos Aires cuando mis hijos ya graduados abandonaron Resistencia. Sé que tanto la ida de Bolsi como la mía significaron un golpe para Maeder por el valor que todos nosotros asignábamos a las tertulias compartidas.



Ernesto J. A. Maeder

Los golpes que Ernesto debió padecer en lo personal desde su accidente automovilístico que dañó físicamente a su esposa Elena Bensa y luego la dramática muerte de su hijo mayor y su nuera y finalmente la muerte de su esposa fueron muy duros y afectaron profundamente su espíritu. Su soledad, a pesar de los esfuerzos de sus hijos por acompañarlo (varios de ellos vivían desde hacía años en Corrientes) le hacía sentirse como una carga para su familia.

Su nuevo casamiento con María Elisa Rodríguez de Carrió le dio una renovada dinámica impulsada por la vitalidad de su esposa quien le organizaba viajes y paseos que tendían a quitarle su rutina de trabajo.

Ernesto siempre mantuvo sus afectos profundamente así sintió la ausencia de nuestro amigo Antonio Besil, ex Decano de Ciencias Económicas en la UNNE y de Alfredo Bolsi, fallecido en Tucumán en el año 2013. El año pasado me dijo que quería ir a verlo a Arturo Hand que estaba en la Colonia Valdense cerca de la Colonia del Sacramento en Uruguay. Luego de una reunión de la Academia me dijo que se iba a Colonia a encontrarse con él y regresó pletórico de alegría de

haberlo visto. Hand fallecería poco tiempo después. Ya Ernesto, que había tenido problemas con la vista y a quien las piernas no le respondían como antes, me había dicho que estaba pensando no venir más a las reuniones de la Academia ya pasados los 80 años. Le dije que no lo hiciera, que la Academia era ahora su sitio y que el ver a sus amigos y compañeros era una forma de estar vitalmente activo. Por suerte me hizo caso. Apuró eso sí sus ediciones sobre las Misiones Jesuíticas, realizó una autobiografía privada, mantuvo su lucidez y su capacidad de trabajo y organización y sobre todo su bonhomía y calidad humana, esa que estaba por detrás de la apostura germánica que yo inicialmente había vislumbrado y que en la realidad era capaz de deleitarse con entusiasmo cómplice ante un buen plato de milanesa a caballo como hicimos varias veces después de nuestras reuniones académicas.

Ernesto Maeder un profesional formidable en su tarea y un amigo magnífico que he disfrutado en casi medio siglo se nos fue en paz, con la tarea cumplida. Quienes saben de su hombría de bien y de su calidad humana lo recordarán siempre.

Palabras del Dr. Víctor Tau Anzoátegui

La Academia Nacional de la Historia tributa su reconocimiento y homenaje a uno de sus más distinguidos miembros de número que ha fallecido en plena actividad intelectual. El doctor Ernesto J. A. Maeder tuvo una larga vinculación con nuestra Corporación, que se inició formalmente en 1975 cuando fue designado como miembro correspondiente en la provincia del Chaco y se afianzó a partir de 1986, con su nombramiento como miembro de número. Durante treinta años Maeder ha vivido con intensidad y generosidad intelectual la vida de nuestra Corporación; y colaborado en sus actividades lo que quedó en evidencia en el desempeño de tareas directivas que asumió en la década de 1990 integrando la Mesa Directiva como protesorero y más tarde como Vicepresidente 2º. Asimismo integró diversas comisiones permanentes y ocasionales dentro del cuerpo, de las que destaco especialmente las de Biblioteca y de la Junta de Admisión.

Aunque Maeder era nacido en Buenos Aires, y había egresado como profesor de Historia del Instituto Superior del Profesorado de Buenos Aires, bien pronto su lugar de trabajo y ámbito familiar permanente se trasladó a la provincia del Chaco, donde desde 1958 se desempeñó como profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. Consolidó su situación docente desde 1964 como Profesor Titular Ordinario de la cátedra de Historia Argentina I (período hispánico) que atendió con particular dedicación durante varias décadas hasta 2002, con un espíritu de renovación y de profundización en la labor historiográfica general y regional, que lo condujo a incorporarse en 1981 al





Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, donde alcanzó en 1996 la categoría de Investigador Superior. La vocación intelectual de Maeder se encauzó así definitivamente como Profesor e Investigador, encontró sus canales de expresión a través del ejercicio docente (donde difundió sus investigaciones) y de una obra historiográfica y una labor editora que merece un atento examen que naturalmente no es posible analizar ahora, y que seguramente lo será en una próxima ocasión en esta misma Academia. Más allá de ello, uno y otro perfil, estuvieron equilibradamente unidos y seguramente transmitieron su mensaje a cientos de alumnos y al círculo escogido de sus destacados discípulos. Fue nuestro querido colega un ejemplar maestro en este último sentido.

Quiero finalmente evocar a nuestro distinguido colega en lo que considero fue su labor más relevante en esta Corporación, como miembro de la Comisión Académica encargada de la dirección de la Nueva Historia de la Nación Argentina. Al expresarme de este modo no lo hago por juicio mío, sino en palabras del propio Maeder, quien en más de una ocasión recordaba esos años de funcionamiento de la Comisión como un período de provechosa tarea intelectual, y al mismo tiempo de intensos diálogos con los colegas que él mucho disfrutaba porque se desenvolvían en un clima de alto respeto y cordialidad.

Junto a la labor monográfica, que Maeder desarrolló a lo largo de su vida intelectual, como buen docente, a él también le atraía la elaboración de obras de visiones panorámicas. Ya siendo muy joven antes de incorporarse a la Academia como miembro correspondiente fue invitado a redactar una "Historia del Chaco y sus pueblos" para integrar a la Historia Argentina Contemporánea, obra colectiva que a partir de 1964 estaba editando nuestra Academia bajo la dirección de Ricardo Zorraquín Becú.

De tal modo, cuando en los años 1994-1995, la Academia asumió la tarea de hacer una Nueva Historia de la Nación Argentina, que abarcara desde la época prehispánica hasta el siglo XX, y que expusiera una visión de ese extenso pasado a la luz de los actuales estudios históricos, Maeder fue uno de los académicos que aparecía como natural candidato para integrar esa Comisión encargada de diseñar la obra, elegir los autores y dar los distintos pasos para la elaboración, redacción y cuidado final de la edición de la misma. Tuve el honor y la responsabilidad de presidir dicha Comisión con la invaluable compañía de los académicos Daisy Ripodas Ardanaz, Ernesto Maeder, Roberto Cortes Conde, César García Bel-sunce, Dardo Pérez Guilhou y Ezequiel Gallo. También intervinieron en ella durante breves períodos los académicos Isidoro J. Ruiz Moreno y Beatriz Bosch. La Comisión, desde septiembre de 1995 y hasta fines de 2001- durante seis años-, celebró periódicas

reuniones semanales, quincenales o mensuales desde febrero a diciembre de cada año, según fuesen las necesidades y distintas etapas de la composición de la obra. Fueron prolongadas e intensas jornadas en las cuales durante varias horas por la mañana y la tarde se consideraron, con rigor intelectual la estructura de la obra, el contenido de los capítulos y los posibles autores en una primera fase, y en una segunda etapa los esquemas encomendados a los 142 autores residentes en todo el país y algunos en el extranjero, y la lectura de los originales que fueron discutidos en función de su inserción en la obra.

En un grupo de trabajo coherente y responsable como éste, las decisiones se fueron adoptando por consenso - superándose a veces puntos de vista encontrados - sin necesidad de acudir a votaciones y siempre dentro de un ambiente cordial. En esta delicada, prolongada y a veces fatigosa labor, Ernesto Maeder fue figura que sobresalía. Viviendo tan lejos de Buenos Aires, no faltaba nunca a las reuniones y superaba los eventuales problemas de transporte y clima. Siempre llegaba, con espíritu abierto y bien dispuesto para el trabajo. Era él uno de los informantes más asiduos de los compromisos adquiridos en la reunión anterior. En sus anotaciones sobre los textos originales u otras notas que con su inconfundible caligrafía trazaba sobre pequeñas hojas se pueden encontrar observaciones, propuestas o sugerencias junto a su opinión sobre la tarea realizada, siempre con respeto intelectual hacia todos los autores. Así seguía el objetivo que se había fijado a la Nueva Historia: que fuese obra original de síntesis, orgánica e integral, con la participación de historiadores y estudiosos de distintas escuelas y tradiciones historiográficas, pertenecientes o no a la Corporación.

Dentro de la obra su aporte individual fue también importante, como redactor de la Introducción del tomo I, dedicado al período español y autor de tres capítulos de 45 a 50 páginas cada uno, dedicados respectivamente a la Iglesia en la época hispánica y en el siglo XIX y a una síntesis bien lograda de la Universidad argentina en el siglo XX.

Sea este mi modesto y fervoroso homenaje a un colega y amigo de tantos años.

Palabras del Dr. Carlos Páez de la Torre

Aunque ya hacía bastante tiempo que las garras de la enfermedad habían atrapado ferozmente a Enrique Zuleta Álvarez, sus amigos guardábamos siempre la esperanza de que durante uno de los martes mensuales de la Academia, apareciera de repente en la sesión privada. Y que nos sentáramos en hilera como siempre, con él y con Isidoro Ruiz Moreno, en la punta de la gran mesa, mirados severamente por Mitre desde el óleo de Antonio Alice. Pero no venía. Cuando preguntaba por su salud a los jefes



administrativos o a los colegas de la Academia, me decían siempre que había empeorado.

Y nunca tuve el coraje (de lo que me arrepiento profundamente) de llamarlo por teléfono. Tenía miedo de que no pudiera atenderme, o que su voz me revelara lo decaído que se encontraba.

De pronto, una tarde me avisaron de su muerte. La noticia me produjo una indescriptible pena. Es que, como decía el filósofo Rougés, no pude ver aquella mariposa angélica de la que habla el Dante, que precisamente ha formado, en esa envoltura carnal que deja espantosamente inmóvil, las poderosas alas con que parte en vuelo hacia la eternidad.

Enrique Julio Mauricio Zuleta Álvarez hubiera cumplido 92 años el próximo 1º de julio. Había nacido en La Plata en 1923, en una vieja familia argentina. Lo enorgullecía, por ejemplo, su parentesco con José Sixto Álvarez, el famoso "Fray Mocho". Se graduó de profesor de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional de Cuyo, y se doctoró allí con la tesis "El pensamiento de Alejandro Korn", bajo la dirección de Juan Adolfo Vázquez.

Antes, había permanecido un año en la Universidad Central de Madrid, dedicado al estudio de la historia de las ideas, que constituiría su saliente especialidad. En el prólogo a su libro *España en América*, ofrece un colorido testimonio de las figuras intelectuales que le aportaron su magisterio o su fructífera amistad, en esos inolvidables años madrileños.

En la Universidad de Cuyo –cuyo rectorado desempeñaría desde 1981 a 1983– sería luego catedrático titular de Historia de las Ideas Sociales y Políticas Americanas, y director del Instituto de Estudios Americanos de la casa, aparte de dirigir su Biblioteca Central. Esa Universidad lo designaría profesor emérito en 1992.

Desarrolló además una nutrida actividad de profesor visitante en universidades y centros de educación superior de Chile, Estados Unidos y Francia, además de llevar la representación argentina a importantes reuniones científicas internacionales.

Obviamente, no me es posible detallarla. Y también carezco del tiempo para enumerar, en su debido pormenor, la enorme cantidad de publicaciones que llevaron la firma del doctor Zuleta Álvarez, editadas tanto en libro como en revistas especializadas de nuestro país, de América y de Europa.

Los dos tomos de *El nacionalismo argentino* (esas casi 900 páginas aparecidas en 1975) son su trabajo clásico y más conocido. Y en esa línea de investigación, sus estudios sobre Rodolfo y Julio Irazusta, sobre Lugones, sobre Maurras, sobre Maeztu. Se destacan

también, en su bibliografía, las penetrantes páginas que dedicó sobre todo a Pedro Henríquez Ureña, y también a Andrés Bello, a Sarmiento, a Santayana, en su infatigable rastreo sobre la teoría y la práctica de las ideas políticas en el continente. En cursos de posgrado, en seminarios, en conferencias, desplegó sus posturas originales en esos temas de tanto interés.

Como buen historiador nunca pensaba que lo que había escrito quedaba cristalizado y ne varietur. Por eso rechazó la propuesta de nuevas ediciones de *El nacionalismo argentino*, que le formularon con insistencia los editores. En conversaciones privadas, me confesó que a muchos de esos conceptos sobre el asunto los habían modificado, en su espíritu, las nuevas reflexiones y las nuevas experiencias. Creo que algunos de sus artículos de los '90, en la revista *Fundación*, pueden dar pistas sobre ese honesto proceso interior.

En una de esas notas, deploraba que el campo de los estudios históricos y políticos estuviera sembrado "de prejuicios tan dogmáticos y asentados, que pasan por verdades indiscutibles". Insistía en la necesidad de comprender las razones de la adhesión que despertaron muchas ideas "preteridas por las modas actuales o satanizadas por el progresismo sistemático de nuestro tiempo". Quería recrear el clima dentro del cual deben situarse hechos e ideas políticas, "con una visión amplia, desprejuiciada y multidisciplinaria, que enfoque la historia de la cultura desde ángulos complementarios de la perspectiva especializada de la política".

Subrayaba que su tema, el nacionalismo, "sin duda es político, pero su conocimiento y comprensión requieren un horizonte más amplio". Esto porque, si fue una concepción social, cultural y política, "que desde sus comienzos se definió por una ideología", para comprenderla hay que atender "a la religión, al pensamiento y al arte, sin olvidar por cierto su marco económico y social".

Fui amigo y admirador del doctor Zuleta Álvarez durante más de cuarenta años. El me propuso como miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, y él me recibió con un generoso discurso. Era un cabal historiador; un impresionante conocedor de la bibliografía antigua y actual sobre sus temas, y un adorador de esos objetos frágiles y pequeños que son los libros: tenía un tesoro de primeras ediciones argentinas. Escribía con elegancia y precisión: admirador de Paul Groussac, pensaba que la historia es ciencia pero también es arte.

Era un gran testigo. Había disfrutado de la amistad de hombres muy importantes. Entre ellos, había admirado a algunos, que pensaban como él; pero también había sabido valorar y respetar a los que pensaban de modo distinto. Llamaba las cosas por su nombre y era un polemista



de inesperados recursos. A la hora de discutir, desplegaba sus argumentos con esa voz fuerte e inconfundible que escuché en tantos almuerzos, en tantas veladas y en tantas alboradas, y que todavía me parece que oigo resonar.

Dije que era un cabal historiador, pero era bastante más que eso. Era un argentino con intensa preocupación por su país. Había buscado comprender su pasado como historiador, y a la vez miraba con sincera inquietud de ciudadano su presente y su futuro. Esto se revelaba a cada instante en su conversación. Porque era un gran conversador. Tenía una charla fluida y picante, que navegaba por todos los temas y que los chispazos de humor y la carcajada franca tornaban poderosamente atractiva.

Su espíritu no albergaba pequeñeces ni rencores. Varias veces le oí decir que se sentía gratificado por la vida. Había formado su hogar con una gran dama, doña Emilia Puceiro, consagrada estudiosa y académica, y sus hijos no le habían dado sino satisfacciones.

No es sencillo retratar a un hombre, cuando uno mucho lo apreció y mucho lo admiró. Así me ocurre con Enrique Zuleta Álvarez, y de allí la insuficiencia de estas palabras. Las terminaré diciendo que era un cabal amigo, un amigo preocupado y leal. En uno de sus prólogos, citó aquella frase de Robert Louis Stevenson: "¿De qué se enorgullecerá un hombre, si no está orgulloso de sus amigos?".

Es exactamente lo que me ocurre, a la hora de rendir este pobre homenaje a un grande e ilustre amigo que ya descansa en paz.

Palabras del Dr. Fernando Devoto

Me toca hoy evocar al Doctor Enrique Zuleta Álvarez que me honró con su amistad. Al hacerlo quisiera comenzar con una reflexión más general. La Academia Nacional de la Historia ha albergado en su seno a lo largo de su historia a diferentes tipos de personalidades. Buscando agruparlas en dos conjuntos, seguramente algo arbitrarios, yo diría que estaban por un lado aquellos que fueron o son historiadores de profesión o vocación pero que en cualquier caso han hecho de la historia el lugar exclusivo de su actividad pública y, por el otro, aquellos para quienes la historia fue solo una de las facetas en la que desplegaron su acción. Enrique Zuleta Álvarez se encontró entre estos últimos. Efectivamente, fue un destacado historiador pero también fue una persona interesada por la política, por la palabra y la gestión pública. Historia, política, acción pública: he ahí una tríada que fue la de tantos otros, a comenzar por el padre fundador, Bartolomé Mitre. Si la política y la acción enriquecen o ponen obstáculos al historiador es algo que siempre podrá discutirse y la respuesta dependerá, quizás,



Enrique Zuleta Álvarez

de cada caso. Es mi convicción que en el Dr. Zuleta Álvarez esas otras facetas enriquecieron su trabajo de estudioso del pasado y dieron una gran amplitud a sus reflexiones sin afectar su mesura y su búsqueda de la ecuanimidad.

El Dr. Zuleta Álvarez perteneció a muchos linajes. Ante todo a un linaje familiar en el que el mundo de la política y de la cultura estuvieron muy presentes. Baste recordar aquí que su padre fue gobernador de La Rioja, que su tío abuelo, al que solía referirse con frecuencia como indicando que allí había un origen o unas raíces, fue José S. Álvarez, "Fray Mocho" o que su esposa fue la destacada especialista en las letras hispánicas y miembro de la Academia Argentina de Letras, Emilia Puceiro de Zuleta. Un mundo familiar de cultura, libros y lectores que estaba desde antes y se prolongaría luego en sus hijos, algunos de ellos destacadas figuras públicas.

Perteneció también a un linaje político el del nacionalismo argentino en el cual actuó y sobre el que reflexionó muchas veces, por ejemplo, en uno de sus libros más importantes: "El nacionalismo Argentino". Allí con abrumadora erudición rescató todas las vertientes de ese rico, complejo y heterogéneo mundo que llamamos nacionalismo, una de las relevantes tradiciones de la cultura argentina, aunque menos influyente políticamente de lo que sus cultores hubieran deseado. Allí buscó Zuleta deslindar entre las distintas vertientes del mismo lo que era también un modo de colocarse en una de ellas. En la que llamó nacionalismo republicano (a la que dedicó mayor espacio) y a la que contrapuso la que denominó nacionalismo doctrinario. Dos ámbitos que se filiaban, a comienzos de los años cuarenta, en dos revistas, "Nueva Política", los doctrinarios "Nuevo Orden", los republicanos. Este, el ámbito de pertenencia que siempre definió como el suyo, podía remontarse aún más atrás a otro periódico de una década precedente, "La Nueva República", en el que emergían dos figuras a las que siempre hizo alusión como sus mentores.



Rodolfo y Julio Irazusta. A los dos les dedicó enjundiosos y cálidos retratos. Con los dos hermanos compartía Zuleta lecturas e influencias, un modo de mirar la política así como un estilo (con sus variantes) y unos modales cuya pérdida en la Argentina de las últimas décadas nunca lamentaremos lo suficiente. También, al menos con Don Julio, compartía esa fascinación, apenas encubierta, hacia ese otro mundo del que los dividían las opciones políticas: el de "Sur". Ambos asimismo, creo, deploraban el tono y los conflictos que desde mediados de la década del treinta habían dividido al campo intelectual argentino de modo casi irreparable.

Estando así las cosas, Zuleta Álvarez se esforzó casi siempre por conservar los puentes, por admitir las disidencias y por defender autores y obras que no pertenecían a la tradición de su familia política y aún estaban en pugna con ellas. Sus lecturas, sus simpatías y su curiosidad iban mucho más allá. Nótese al respecto la tan rica y erudita biografía que le dedicó a Pedro Henríquez Ureña una de sus figuras más admiradas. Y aunque es cierto que se esforzó por distinguir en el notable estudioso nicaragüense, entre sus opciones o sus actitudes y sus ideas -tal cual Zuleta las leía, poniendo su énfasis en el hispanoamericanismo y en la revaloración la cultura del mestizaje que tan presente estaban en la obra de aquel-, no es menos cierto que en Henríquez Ureña hallaban una interlocución, un imaginario punto de encuentro, por ejemplo, dos figuras colocadas en lugares tan disímiles como Enrique Zuleta y José Luis Romero. Y quizás ello era posible porque en ambos vibraban todavía -y más allá de las muchas diferencias-, algo de aquellos ecos originarios del mundo intelectual argentino del siglo XX que emblemizó la figura de Rodó y el arielismo. Desde luego que era así, creo, en Zuleta Álvarez. Y, por otra parte, nunca dejaba de sorprender, como cuando aludía a sus momentos juveniles en que había sido, si mi memoria no me falla, algo así como un secretario oficioso de Manuel Ugarte en Chile.

Por otra parte, el mapa intelectual de Zuleta no coincidía exactamente con el de aquella generación de "La Nueva República" y tampoco siempre fueron coincidentes sus opciones políticas. Diferencias ante todo generacionales, se podría decir. El tiempo de unos y de otros no fue el mismo. En el plano de las ideas todos los republicanos compartían, en mayor o menor grado, el interés por Charles Maurras, al que Zuleta dedicó más de un ensayo, un maurrasianismo temperado y además mezclado con la tradición republicana argentina en su vertiente conservadora. Empero, en Zuleta, estaba mucho más presente España, en ideas y experiencias, que por ejemplo, en los hermanos Irazusta. Una España que no era en Zuleta ciertamente aquella de la Cruzada contra infieles y herejes del pasado y del presente sino una España matizada como a su modo lo era la de algunos lúcidos falangistas como Dionisio Ridruejo. En el plano de las opciones políti-

cas, por otra parte, Zuleta perteneció al grupo de nacionalistas, como Mario Amadeo o Máximo Etcheocopar, que podríamos llamar pragmáticos y que por serlo se sumarían al experimento frondicista.

Varios linajes hay en Zuleta dijimos al principio. Y sería hora de hablar, aunque sea brevemente, del historiográfico y para hacerlo referirnos a esta Academia. También aquí Zuleta Álvarez forma parte de una tradición específica y también aquí reaparece el nombre de Julio Irazusta al que siempre definió como su "maestro". Compartían una vasta cultura, el interés no solo por la historia sino por la literatura y la política, el juicio ponderado y sensato, la oposición al panfletismo y la búsqueda de la inasible verdad histórica. Polemizaban además con urbanidad. Recuerdo una expresión que le escuché o le leí más de una vez refiriéndose a un libro cuya interpretación no compartía y que es para mí el sinónimo de una buena actitud historiográfica: "más allá de diferencias mayores y menores ese es un muy buen libro". También podría hacerse el inventario de las diferencias que dejaremos para otra ocasión. Notemos apenas, al pasar, el interés más excluyente de Zuleta por la historia de las ideas y un realismo más firme que quizás derivaba de su experiencia en funciones directivas, en ámbitos que orientan a pensar el pasado desde otro lugar quizás menos abstracto y quizás más disponible a comprender las ambigüedades y debilidades humanas.

Todavía podría indicarse otro linaje que tuvo también ilustres antecesores en esta institución como un Ricardo Rojas, al que Zuleta mucho no apreciaba pero del que siempre reivindicó esa capacidad de sentir la patria que procedía de hondos orígenes, como los suyos, en la Argentina raigal. Como él, Zuleta no era simplemente un hombre del interior: aunque hubiese vivido la mayor parte de su vida en Cuyo. Y no lo era, entre otras cosas, porque esa expresión tal vez sea insuficientemente esclarecedora para la Argentina del siglo XX. Quizás porque este país estaba ya más mezclado que lo que pensaba quien fuera su amigo y sostén, Eduardo Mallea. Zuleta era algo más: era un "criollo" como lo habían sido otros académicos. El país lo sentía Zuleta desde allí desde ese lugar, ese era su ubi consistant, de allí procedía también, creo, su forma de conversar con un tono siempre ameno, a ratos algo socarrón más que irónico, con una cierta forma de picardía bien criolla y con esa mirada curiosa, vivaz e inquieta que tanto lo connotaba. En suma: un criollo viejo.

En toda institución hay siempre dos tipos de personas: los que prestigian u honran a la institución que pertenecen y los que son honrados o prestigiados por ella. Zuleta Álvarez estaba entre los primeros. Por ello esta Academia debe ser doblemente reconocida hacia su figura. Gracias, Profesor Zuleta.

Incorporación de la Dra. Beatriz Bragoni

El martes 14 de abril se realizó en la sala de conferencias de la Academia Nacional de la Historia, el acto de incorporación de la doctora Beatriz Bragoni como académica correspondiente por la provincia de Mendoza. La apertura del acto estuvo a cargo del presidente, doctor Roberto Cortés Conde, quien le entregó el collar y diploma de académica. Fue presentada por el doctor Fernando Devoto.

A continuación, la doctora Bragoni disertó sobre *“El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond”*.

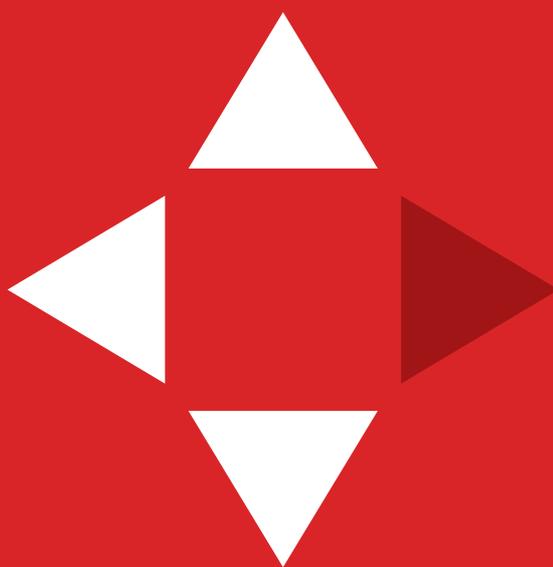


Ciclo “Encuentros: Halperín Donghi y la historiografía argentina”.

El miércoles 13 de abril se realizó en la sala de conferencias de la Academia Nacional de la Historia, el primer encuentro del ciclo de conferencias **“Nuevos enfoques en la Historiografía Argentina”**, que se dictará en la academia todos los segundos miércoles de cada mes sin necesidad de inscripción previa. En esta oportunidad disertaron los doctores Carlos Altamirano, Fernando Devoto y Eduardo José Miguez sobre *“Tulio Halperín Donghi y la historiografía argentina”*.



Actividades Externas



Realización de las VII JORNADAS DE JÓVENES INVESTIGADORES EN HISTORIA DEL DERECHO

Las Jornadas de Jóvenes Investigadores en Historia del Derecho se crearon en el año 2009 a partir de la iniciativa conjunta del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho (Buenos Aires) y el Programa de Estudio de Política, Historia y Derecho de la Universidad Nacional de Luján. Desde su inicio se pensó a los encuentros como un espacio abierto para el debate y la reflexión, que sirviera de aporte a las/los jóvenes investigadores en la etapa de elaboración de sus tesis de licenciatura, maestría y doctorado. De esta manera, con la participación de reconocidos especialistas del Derecho y la Historia se intenta alentar una mirada interdisciplinar en las investigaciones.

La periodicidad, difusión y éxito logrados por las Jornadas de Jóvenes Investigadores en Historia del Derecho (que en sus dos últimas ediciones obtuvo financiamiento de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica) permitió la incorporación del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba y el Instituto de Investigaciones Históricas "Dr. Ramón Leoni Pinto" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán como instituciones co-organizadoras.

Asimismo, consolidando su perfil y adquiriendo mayor identidad, a los sucesivos encuentros se han ido sumando jóvenes investigadores e investigadoras provenientes de universidades latinoamericanas y europeas.

En su séptima edición y continuando el interés por un carácter federal, las Jornadas de Jóvenes Investigadores en Historia del Derecho se realizarán en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario de la Universidad Católica Argentina y contarán con el apoyo del ISHIR-CESOR (Instituto de Investigaciones Sociohistóricas Regionales) y el CEHISO (Centro de Estudios de Historia Social de la Justicia y el Gobierno).

La dinámica de la reunión científica consistirá en la presentación de una ponencia por parte del joven investigador/a, seguida del comentario de un/una especialista que previamente ha leído la comunicación. Los/las tesis que asisten por primera vez deben presentar su plan de trabajo dando cuenta de: 1) Objeto de estudio; 2) Hipótesis principales y 3) Líneas historiográficas en las que se inserta su investigación. Por su parte, los/las tesis que han participado en ediciones anteriores presentarán avances en su investigación (capítulos o artículos referidos al tema de su tesis). Cabe aclarar que este espacio está dirigido a investigadores/as en formación por lo cual no podrán

presentarse aquellos/as que ya hayan obtenido el grado de doctor.

En su séptima edición, el comité de especialistas que comentará los trabajos y orientará las investigaciones estará integrado por:

- ▶ Dr. Osvaldo Barreneche: CONICET. Universidad Nacional de La Plata.
- ▶ Dr. Oreste Carlos Cansanello: Universidad Nacional de Luján. Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani. Universidad de Buenos Aires.
- ▶ Dr. Luis María Caterina: Universidad Católica Argentina (Rosario).
- ▶ Dr. José Daniel Cesano: Instituto de Historia del Derecho y de las Ideas Políticas. Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho.
- ▶ Dra. María Angélica Corva: Facultad de Humanidades-Universidad Nacional de La Plata.
- ▶ Dr. Esteban F. Llamosas: CONICET. Director del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.
- ▶ Dr. Víctor Tau Anzoátegui: CONICET. Director del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho.
- ▶ Dra. Gabriela Tío Vallejo: Profesora Asociada (dedicación exclusiva) en Historia de América (Periodo Independiente). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. Instituto de Investigaciones Históricas "Dr. Ramón Leoni Pinto".
- ▶ Dra. Romina Zamora: CONICET. Docente de Historia de América (período hispánico) de la carrera de Historia, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Miembro titular del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho.
- ▶ Dr. Eduardo Zimmermann: Universidad de San Andrés.

Calendario de fechas:

- ▶ 31 de Mayo de 2015: Envío del título del trabajo y la pertenencia institucional.
- ▶ 30 de Septiembre de 2015: Envío del plan de trabajo de la tesis y/o los avances en la investigación.
- ▶ Jornadas a realizarse en la Ciudad de Rosario, el 15 y 16 de Octubre de 2015

Costos de inscripción:

- ▶ Ponentes: 400 pesos.
- ▶ Asistentes: 250 pesos.

Contacto:

Correo electrónico: jomadashistoriadelderecho@gmail.com
Facebook: <https://www.facebook.com/JornadasJovenesHistoriadores?fref=ts>
Blog: <http://joveneshistoriadoresdelderecho.blogspot.com.ar/>



Seminario: Tulio Halperín Donghi: historiador de la Argentina.

En la Universidad de San Andrés se inició un seminario de posgrado en Historia dictado por Roy Hora titulado: “**Tulio Halperín Donghi: historiador de la Argentina**”.

Este seminario temático se propone analizar algunos aspectos de la contribución de Tulio Halperín Donghi a los estudios históricos sobre la Argentina, analizando críticamente su consistencia, productividad y limitaciones. Halperín Donghi fue uno de los historiadores más reconocidos de América Latina del siglo XX, y probablemente el de mayor importancia de nuestro país. La relevancia de sus estudios sobre el pasado, en particular sobre el largo siglo XIX, no precisa ser resaltada. A partir del análisis de la manera en que este excepcional historiador abordó el estudio de fenómenos tales como la Revolución de Mayo, la constitución de la clase terrateniente,

la formación del estado, la relación entre intelectuales y política, y el proceso de democratización que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XX, este seminario evalúa su contribución interpretativa y empírica, explora las características y mutaciones de su proyecto historiográfico, e intenta situar sus aportes en el marco de las perspectivas dominantes en el debate académico del último medio siglo.

El seminario consta de seis clases y se dictará en días jueves, a partir del 7 de mayo, de 18 a 21hs.

Para solicitar más información o inscribirse, diríjase a Teresita Garabana: tgarabana@udesa.edu.ar

Pensar la historia rioplatense e iberoamericana entre el fin del imperio y la construcción de las naciones

Jornadas de homenaje a José Carlos Chiaramonte

21 y 22 de mayo de 2015

Centro Cultural Paco Urondo - 25 de mayo 201 (CABA)

Coordinadora general: Noemí Goldman

Comisión organizadora: Noemí Goldman, Raúl Fradkin, Julio Djenderedjian, Jorge Gelman y Daniel Santilli.

Auspician: CONICET, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA
DR. EMILIO RAVIGNANI



Novedades Editoriales

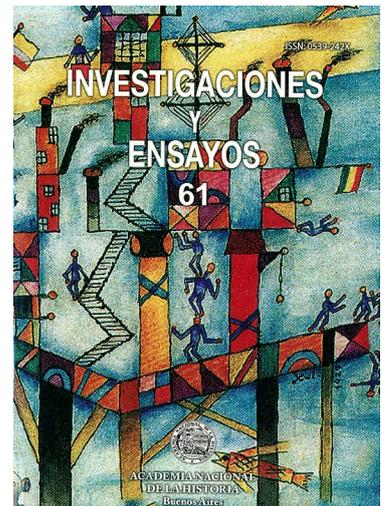




Reciente publicación

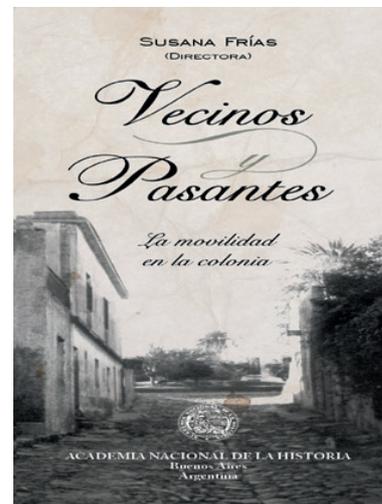
“Investigaciones y Ensayos N° 61”, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2014, pp. 500

Investigaciones y Ensayos es la publicación periódica de la Academia Nacional de la Historia. Las colaboraciones se reciben hasta el día 30 de septiembre de cada año. El número 61 cuenta con las contribuciones de: Roberto Di Stéfano, Ignacio Martínez, Norberto Padilla, Fernando Enrique Barba, Pablo Buchbinder, Eduardo Martín Cuesta, Boris Matías Grinchpun, Alejandro León, Leonor Alicia Machinandiarena de Devoto, Claudia E. de Moreno, Sofía R. Oguic, Carlos Páez de la Torre (h), Pablo Emilio Palermo, Roger Pita Pica, Agustina Rayes, Raanan Rein, Daisy Rípodas Ardanaz, Isidoro J. Ruiz Moreno y Horacio Sánchez de Loria Parodi.



Susana Frías, “Vecinos y Pasantes”, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

Este séptimo volumen de la serie Estudios de Población, dirigido y editado por la Lic. Susana Frías, trata un tema infrecuente en la bibliografía de la historia de la dominación española, y ratifica la inexactitud de la tan mentada “siesta colonial”, al demostrar la persistente movilidad de los pobladores de aquellos tiempos, ya fuese por razones familiares, por el desplazamiento voluntario en búsqueda de mejores condiciones de vida, por imposiciones de la vida miliciana o monástica, o por el ejercicio de la actividad comercial tanto interprovincial como transatlántica.



Seis investigadores – Ana T. Fanchín, María E. Martese, María I. Montserrat, Gabriela Quiroga, María L. Salinas y Omar Svirtz Wucherer- muestran la diversidad de situaciones y sus manifestaciones en varias regiones de nuestro país – Buenos Aires, Cuyo y el Nordeste- lo que ha permitido a la Dra. Gladys Massé interrelacionar los diversos estudios y plantear nuevos interrogantes. Las amplias perspectivas el tema y la presentación de los trabajos son tratados en la “Nota Preliminar” de la Lic. Frías, quien cierra el volumen con un “Glosario” de términos de la época, para quienes no hayan profundizado en ella.

Grupo de Investigación de Historia Militar, “Guerra de Independencia. Una nueva visión”, Buenos Aires, Emecé, 2013.

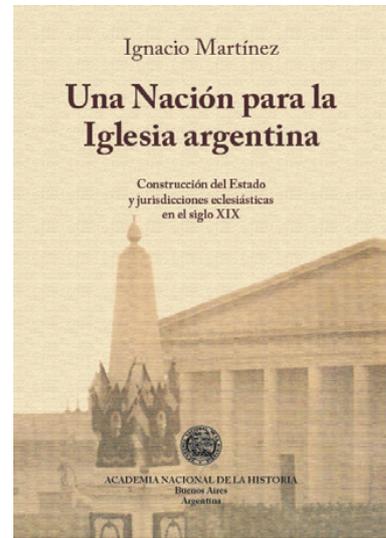
Este libro ofrece un nuevo y original enfoque sobre la guerra de la independencia argentina y sus proyecciones sudamericanas, pues no se limita a la mera enunciación de hechos bélicos sino que indaga con profundidad en los distintos aspectos que se relacionan con aquella gigantesca epopeya que comenzó en 1810 y sólo concluyó catorce años más tarde en la batalla de Ayacucho. Aquí se estudian las condiciones políticas, el panorama internacional, la creación y el desarrollo de las instituciones castrenses, el pensamiento militar, la tecnología bélica y de apoyo logístico, tanto en lo que se refiere a las fuerzas terrestres como navales que intervinieron.





Ignacio Martínez, “Una Nación para la Iglesia Argentina”, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

A comienzos del siglo XIX la idea de nación estaba lejos de representar lo que conocemos hoy por Nación Argentina. Por su parte, la Iglesia católica se encontraba amalgamada con la sociedad a tal punto, que es difícil identificarla como un actor histórico concreto. Las instituciones estaban atravesadas por la religión, por su sensibilidad y sus normas. Incluso las corrientes ideológicas que luego serían asociadas al impulso laicista, como la ilustración, eran absorbidas y difundidas dentro de la matriz católica. Por ello, más que determinar si la Nación Argentina se formó gracias o a pesar de la Iglesia católica, es necesario estudiar la simultánea conformación de la Iglesia y del Estado nación en el actual territorio argentino a lo largo del siglo XIX. Este libro estudia ese proceso orientado por algunas preguntas fundamentales: ¿qué facultades intentaron ejercer las nuevas autoridades, provinciales y nacionales, sobre las instituciones católicas? ¿En qué medida lo consiguieron? ¿Qué roles le asignaron a la religión católica en el nuevo orden político y legal luego de la revolución de mayo? Para responder estos interrogantes Martínez analiza los conflictos jurisdiccionales que disparó la cuestión eclesiástica en un largo período, que va desde 1810 a 1865, y en el amplio espacio geográfico ocupado por las denominadas provincias históricas. Esas disputas nos hablan no sólo de las formas específicas que presentó el proceso de secularización en la actual Argentina, sino también de los límites que encontraron los ensayos de construcción estatal tras la ruptura del vínculo colonial.



César A. García Belsunce, “Pertenenencias Extrañas. Libros en Buenos Aires en 1815”, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

La obra hace referencia al antiguo concepto del “extrañamiento con nota de indignidad” que se practicaba en la época medieval y a comienzos de la edad moderna. En 1812, el gobierno revolucionario, a través de un decreto, aplicó dicho concepto a aquellos españoles que eran enemigos de la revolución, dando lugar a exilios y al apoderamiento de sus bienes. Eso no tuvo mayores efectos en Buenos Aires pero sí en Montevideo cuando las fuerzas patriotas tomaron la plaza en 1814, continuó diciendo. En ese contexto, gran cantidad de bienes fueron incautados bajo la categoría de “pertenenencias extrañas” como, por ejemplo, cereales, armas, telas y libros. De este último aspecto trata el libro, es decir, de los más de 4.000 volúmenes que fueron embarcados en Montevideo con destino a Buenos Aires, donde fueron vendidos a través de procedimientos que el autor calificó de dudosos y desprolijos. A partir de un trabajo de investigación realizado hace una treintena de años en el Archivo General de la Nación, el autor tomó contacto con varios legajos referidos a este tema, entre los cuales halló un inventario de multitud de libros de las más diversas materias traídos desde Montevideo a Buenos Aires. En su gran mayoría, dichos libros fueron vendidos con destino desconocido o entregados a la Biblioteca Pública para enriquecer su acervo, en menor medida, por orden del gobierno de Buenos Aires. Esta obra no pretende hacer un estudio de la influencia de esos libros en el mundo de las ideas, sino constituir un instrumento de utilidad para quienes aborden esta área de investigación.

